

THE GOMEZ MILL HOUSE **UN ENCLAVE SEFARDÍ EN EL VALLE DEL HUDSON**

GERARDO PIÑA-ROSALES¹

Una mañana –hace de esto una decena de años–, preparándome para emprender una de mis frecuentes incursiones fotográficas por el Valle del Hudson, desplegué el mapa y fui siguiendo con el índice el curso del río. De pronto, un nombre llamó mi atención: Gomez. Leí de nuevo: The Gomez Mill House. ¿Qué casa sería aquella, en el pueblo de Marlborough, entre los condados el Orange y Ulster, al norte de Nueva York, con apellido hispano?

No lo pensé dos veces, enfilé la 9W hasta Newburgh, ese pueblo de viejas fábricas y chatarrerías, hileras de casitas, unas en pie y otras en ruinas, y el cementerio, pegadito a un siniestro motel. Unas cinco millas a la salida del pueblo vi el cartelito: The Gomez Mill House. Torcí a la derecha y descendí por una carretera estrechita hasta que descubrí la casa. Aparqué el automóvil y me dirigí a la casa.

La casa, de ladrillo y piedra, erigida en un promontorio entre altos y copudos cedros, daba la impresión de solidez, de fortaleza. No muy lejos de allí serpenteaba un riachuelo (después supe que lo

¹ ANLE, RAE y ASALE. Catedrático universitario, escritor, investigador y ensayista, autor de una amplia producción literaria a la que se suma su obra como destacado fotógrafo. Desde 1973 reside en Nueva York. Fue profesor en la City University of New York (Lehman and Graduate Center). Ha enseñado también en St. John 's University y Teachers College, Columbia University. Es miembro Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada y Presidente Honorario de la Sociedad Honoraria Hispánica Sigma Delta Pi. De 2008 a 2018 fue Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Sus últimas obras son *Don Quijote en Manhattan* (2015) y *El secreto de Artemisia y otras historias* (2016).

llamaban Jews' Creek). El río, el molino, el estanque salpicado de nenúfares, el silencio del lugar invitaban a evocar un mundo ha tiempo desaparecido.

Junto a la casa, había un cobertizo de paredes de piedra y techumbre de madera, con unos diez o doce bancos corridos frente a un viejo podio de madera. De las paredes colgaban un par de mapas del lugar y algunos útiles de labranza. No podía yo sospechar entonces que a los pocos meses, en ese mismo cobertizo, daría yo una conferencia sobre el legado sefardí. Supongo que no se me olvidaría mencionarle al exiguo auditorio asistente que me crié en Tánger, en la ciudad del Estrecho, y que muchos de mis amigos de entonces eran judíos sefarditas: Samuel Abitbol, Alberto Pimienta, Antonio Pulido. Recuerdo las tiendecitas de los judíos (joyerías las más) a lo largo de la calle Siaghins (hoy los nombres de las calles se han arabizado; y así debe ser; lo que no entiendo es por qué eliminar del callejero tangerino los nombres de Goya o de Delacroix). Junto a la tienda de un judío había otra de un musulmán: un amplio bazar repleto de alfombras, tapetes, juegos de té, lámparas orientales, kaftanes y gandoras. Y a pocos metros de allí, ya en el zoco chico, un café, el Fuentes, español, francés, marroquí. Ya, ya lo sé: no siempre moros, cristianos y judíos convivieron en Marruecos en armonía. Las cosas tenían que cambiar, y cambiaron. Los marroquíes, a quienes al fin y al cabo pertenecía el país, no iban a permitir seguir subyugados y explotados por dos potencias europeas como España y Francia.

Salí del cobertizo y me acerqué a la puerta de la casa. Al parecer, y según el cartelito de la entrada, la casa-museo se podía visitar a ciertas horas. En ese momento, una mujer de unos cincuenta años, cabello negro muy corto y gafas de vidrios redondos, salió de la casa y me interrogó con la mirada. “Vengo a visitar la casa”, le dije. “En ese caso –me contestó– esperaremos unos diez minutos por si viene alguien más. Ah, me llamo Ruth”, y volvió a entrar en la casa. Al parecer, yo era el único visitante.

Me limito a transcribir, traducidas al español, las explicaciones que sobre la casa y la familia Gomez me proporcionó la tal Ruth en mi visita a la casa.

Este Luis Moses Gómez, comenzó a contarme la mujer, era un judío converso, nacido en Madrid en 1680. Este Isaac Gómez era consejero (y amigo) del rey. Y fue el monarca mismo quien le advirtió a sotto voce que pu-

siera pies en polvorosa porque el Santo Oficio le estaba pisando los talones. De todos era conocida tanto su gran fortuna, como sus devaneos judeizantes. No hubo escape: antes de conseguir cruzar los Pirineos, fue apresado y sentenciado a 15 años de prisión. Ni que decir tiene que los inquisidores –siempre tan diligentes– le confiscaron todos sus bienes.

Tras años de reclusión y oprobio, Isaac consiguió escapar a Bayona con su hijo Luis Moses y otros familiares. La familia de Isaac se componía de su hijo Luis Moses y dos hijas, Leonora (muerta a corta edad) y Sara. Bayona se había convertido en lugar de refugio para muchos exiliados judíos, perseguidos por la Inquisición. Allí pudieron continuar con sus vidas, practicando libremente sus ritos y costumbres.

Mientras tanto, a los Gómez la Inquisición los quemaba *in absentia* en un auto de fe, en 1680, en Madrid.

Isaac Gómez, privado del rey y perseguido por la Inquisición, murió en Francia. Está enterrado en el cementerio judío de Bayona.

Luis Moses Gomez se casó en Francia con Esther Markaze, quien le dio seis hijos: Jacob, Mordecai, Daniel, David, Isaac y Benjamín. Sus negocios prosperaron. Pero pocos años después decidió establecerse con toda su familia en Londres, huyendo tal vez del clima enrarecido por la quema de hugonotes en Francia. Y es entonces cuando la reina Isabel I de Inglaterra le otorga el *Certificate of Denization*, documento de suma importancia, que le confería todos los derechos habidos y por haber. Para un judío, era una victoria. Se lo había ganado a pulso.

Y de Londres a la New Amsterdam, a Nueva York. Eran los primeros años del siglo XVIII. En Nueva York, Luis Gomez abrió una tienda donde se vendía de todo: azúcar, café, jengibre, medias, tirantes, botones, camisa, espadas, seda y cordaje para navíos. Y no contento con eso, comenzó a establecer importantes rutas comerciales con el Caribe, en particular con Curaçao y Jamaica, y más tarde con Sudamérica y Brasil. Los Gomez, demás está decir, no olvidaron la lengua de sus antepasados, el español. Hemos descubierto varios manuscritos de la familia Gómez. Algunos están escritos en judeoespañol, pero con caracteres hebreos. Pensamos publicarlos pronto para que puedan consultarlos los historiadores.

Para 1720, la familia Gomez llegó a poseer una de las mansiones más lujosas de Manhattan, entre Broadway y Wall Street. En 1729 Gomez compró una parcela en el bajo Manhattan, que fue el primer cementerio de la Congregación Shearith Israel, la Sinagoga Hispano-Portuguesa..

En 1714 Luis Moses Gomez había adquirido mil acres en Newburgh, y posteriormente sus dos hijos Jacob y Daniel compraron más tierras, y la propiedad llegó a tener unos 4000 acres. Aquí, junto al río, construyó este *cottage* con el fin de utilizarlo como base para sus intercambios comerciales con los indios algonquinos, a los que compraba pieles de zorros, castores, comadreas, etc. a cambio de fusiles, pólvora y whisky.

Los otoños e inviernos Daniel, su esposa Rebecca de Torres, sus dos hijos y varios sirvientes los pasaban en la casa.

La casa, por esos buenos azares que veces nos proporciona el destino, permaneció en pie, gracias, en parte, a que la habitaron sucesivamente varias familias anglosajonas, incluso algún descendiente de los Gomez. En 1984 *The Gomez Foundation for Mill House* compró la casa y los terrenos adyacentes. Ahora es este museo en que estamos.

Luis Moses Gomez fue elegido presidente de Shearith Israel. Se convirtió en un verdadero filántropo y apoyó económicamente a la comunidad judía y a la sinagoga. Igualmente, sus hijos David y Benjamin desempeñaron importantes cargos religiosos en la comunidad.

Sin embargo, las sombras del odio, el fanatismo y la estupidez no habían desaparecido de sus vidas. En 1737 los Gomez fueron una vez más víctimas de antisemitismo. Para impedir que ningún miembro de la familia Gomez llegara a ocupar un puesto en la Asamblea de Nueva York, William Smith, el futuro *Chief of Justice*, declaró que “los votos conseguidos por los judíos había que considerarlos nulos, porque, como asesinos de Cristo, no tenían derecho a votar.”

Le agradecí a Ruth sus prolijas explicaciones, hice algunas fotografías del exterior e interior de la casa, y me prometí leer algún día esos misteriosos manuscritos.



© Gerardo Piña-Rosales